

EL ESPÍA JORGE DÍAZ



Jorge Díaz



El espía

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

© Jorge Díaz Cortés, 2025

Esta edición se ha publicado gracias al acuerdo con Hanska Literary&Film Agency, Barcelona, España

© Editorial Planeta, S. A., 2025

Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.editorialplaneta.es

www.planetadelibros.com

Diseño de la colección: Compañía

Fotografía del interior: © The National Archives

Primera edición: abril de 2025

Depósito legal: B. 4.498-2025

ISBN: 978-84-08-30088-5

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: Rodesa

Printed in Spain - Impreso en España



Mojácar, 1952

—Va hacia la playa.

Aunque los ladridos lo paralizan, no deja de correr... Una vez que llegue a la playa no tendrá salida, pero el Barón no encuentra otra opción, no tiene los reflejos que tuvo en otros tiempos, hace mucho que no está en peligro inminente y esa sensación de urgencia, que da fuerzas cuando uno se habitúa a ella, abrumba si se ha perdido la costumbre de salvar el pellejo en el último instante.

Uno de sus perseguidores le ha cerrado la posibilidad de volver a las calles del pueblo; otro, con los perros, impide que llegue a la carretera. Un tercero va tras él, grita, trata de asustarle; lo consigue... Los animales son lo que más teme, con los hombres puede hablar, negociar; no sería la primera vez que se libra de una situación así. Lleva muchos años en el filo de la navaja, tiene experiencia con gente mucho más peligrosa que estos tres matones de pueblo. Ha mandado quitar vidas y ha salvado la propia muchas veces; empieza a pensar que esta noche le toca ser la víctima.

—No corras, que no te escapas, Barón... —amenaza entre gritos y risas uno de sus perseguidores.

El Barón, como todos lo llaman, no escucha apenas a

los hombres, solo tiene oídos para los ladridos de los perros, aterradores, amenazantes; siempre les ha tenido pánico, hoy con razón. Recuerda a aquellos pastores alemanes que llevaban los vigilantes de los campos de concentración, casi no necesitaban armas, con los animales les bastaba para controlar a los internos.

Se ha arañado con un árbol, uno de los pocos que hay en este desierto que es Almería, se ha golpeado con una rama baja en la cabeza, sangra, no tiene dónde huir, sigue corriendo... Necesita alejarse de ellos, de los hombres y de los perros, dejar de oír los ladridos. Es mayor —está a unos meses de cumplir los sesenta—, no está en la mejor forma física, muchos años de buena vida y algunos de sufrimiento pasan factura.

Mete el pie en un agujero, pisa mal, siente un dolor insoportable, se cae, avanza a gatas tres o cuatro metros, se levanta de inmediato, casi no lo puede apoyar, cojea... No sabe si se ha roto el tobillo, si se lo ha torcido; solo la adrenalina y el instinto de supervivencia le hacen soportar el dolor y seguir adelante. Los perros están más cerca.

Llega a la playa, ahora no tiene sentido insistir, quizá si hubiera conseguido volver a las calles del pueblo alguien podría haber oído a los perros y lo habría ayudado; si no lo hubiera apostado todo a huir hacia la playa...

—Barón, Barón... Te avisé de que no te ibas a escapar. —Se ríe el que más cerca tiene, el cabecilla—. Ya te cogemos...

Es la voz del Pescador, de Lucas. ¿Se está vengando de que se haya acostado con su novia? ¿Va a morir por esa tontería? Debe de ser humillante para un veinteañero que su novia se líe con un viejo que mide poco más de metro y medio, por mucho que ese hombre sea rico y tenga más que ofrecerle que un pobre pescador que se hace a la mar

en una barca miserable. Quizá tenía que haber mantenido a la chica lejos de su cama, solo fue una diversión, sin amor. Su gusto por las mujeres le ha traído muchos problemas a lo largo de su vida, también le ha dado motivos para disfrutarla. Detrás de Lucas vienen los otros, con dos perros grandes, negros, agresivos...

—Quieto, Bronco... —dice Cosme entre risas—. Tranquilo, Careto, ahora te lo comes... Vas a probar la carne de alemán.

También conoce a Cosme, el dueño de los perros: está loco; hasta sus amigos lo llaman así, el Loco. No sabe qué tiene contra él, quizá solo quiera ayudar a Lucas.

—Sé quiénes sois, os voy a denunciar —los amenaza sin esperanza.

Habla español casi sin acento, ha vivido muchos años en España y solo se le nota una modulación extraña cuando está muy nervioso. De joven, en Barcelona, podía pasar por un local, siempre tuvo un talento especial para los idiomas. Ahora, con la edad, ha vuelto a surgir su procedencia, habla con un deje indeterminado, un poco alemán, un poco griego, un poco yidis, un poco del porteño adquirido en los años en Buenos Aires...

—Es tu problema, Barón, eres muy tonto y tienes la cabeza llena de mierda. Por eso te vamos a matar, para que no nos denuncies.

Lucas manda, los demás ríen, los perros gruñen, ladran y tiran de las correas que Cosme sujeta con fuerza...

—Os doy todo el dinero que tengo —ofrece—. Me voy de aquí. Nunca más vuelvo.

—No queremos nada tuyo. Tampoco que te vayas del pueblo, te vas a quedar aquí para siempre. A no ser que tu familia repatríe tu cadáver. ¿Tienes familia, Barón? ¿Tenéis familia los hijos de puta?

Bronco se suelta —quizá no haya sido involuntario, quizá Cosme se ha aburrido de tanta charla y prefiera que dé comienzo la acción— y se le echa encima. El Barón intenta defenderse a patadas con la pierna que tiene bien, la del tobillo torcido o roto le duele demasiado, los músculos no le responden; el Loco libera también a Careto, que va derecho a su cabeza, le muerde el brazo con el que trata de protegerse, después se le tira a la cara; él siente cómo se lleva un pedazo... ¿Cómo se enseña a un perro a matar?

—¡Sujetad a los perros!

Ha sido Lucas el que lo ha pedido, el Loco lo obedece, pero, antes de que lo logre apartar, Bronco le lanza una dentellada terrible. Ha sido ahí, en sus genitales, el dolor es desgarrador...

También Antoñito, el hijo del dueño de la taberna El Arco, obedece y ayuda a Cosme a quitárselos de encima. Tampoco sabe qué hace allí, parece tímido, a la sombra de sus colegas, en ningún momento ha abierto la boca.

Consiguen alejar a las bestias de su festín con dificultades. El Barón no quiere mirar y comprobar lo que le han hecho, está muerto, o lo estará en muy pocos minutos, siente que la sangre abandona su cuerpo, lo desea, el dolor es insoportable. En los viejos tiempos de los nazis vio a muchos hombres judíos caminar hacia la muerte con calma, sin temor. Hombres como él, pero que no son como él. Él está hecho de otra pasta —siempre se negó a ser un simple judío, era un orgulloso hombre alemán— y está aterrorizado. Se toca la cara, no es más que una masa sanguinolenta. Le duele, le duele mucho. Maldito pueblo, maldito país, maldita vida en la que al final las decisiones se pagan... Tanta gente quiso matarlo y no lo consiguió que ni le pasó por la cabeza que lo fueran a hacer tres mo-

zos, quizá por haberse acostado con la novia de uno de ellos. ¿Tendrán más razones?

—Vaya, lo que te ha hecho Bronco... Nunca más vamos a temer que te acuestes con la novia de nadie, no tienes con qué. —Se ríe Cosme—. Bronco, no te comas eso... ¡Guarro!

A unos cientos de metros, la luz de la luna recorta la silueta de Mojácar; si sus vecinos supieran que lo van a matar en la playa, que un perro le acaba de arrancar parte de la cara, que otro lo ha emasculado... Hace tres años decidió regresar a este lugar, a vivir en la casa que compró en los buenos tiempos, tres décadas antes. Le pareció una buena idea entonces, también se lo pareció volver a ella ahora, cuando casi la había olvidado y solo buscaba un lugar donde vivir lejos de todo lo que había sido su vida, un rincón donde esconderse. Se equivocó.

—Me encantaría dejar que los perros acabaran contigo, pero también tengo ganas de matarte yo.

Lucas, el Pescador, se acerca a él con un tronco macizo, compacto. Hay tantos motivos en su vida, tantas causas por las que tanta gente querría verlo morir...

—¡No! Por favor —ruega con un último hilo de voz, aunque preferiría no hacerlo, no va a dar resultado. Su ruego es propio de un cobarde y, además, el golpe hará que se acabe el dolor; aunque pida clemencia, desea morir—. ¡No!

—Sí, Barón, sí... —Se ríe el Pescador—. ¿No era esto lo que buscabas? Pues lo parecía. Lloro, me gusta oírte.

Descarga un golpe brutal contra su cabeza. Para él se acabó todo. Después, con toda su fuerza, Lucas golpea otra vez.

—Por si seguía vivo —bromea.

—¿Qué hacemos con el cuerpo? —Antoñito está asus-

tado, no debería estar allí—. Hay que enterrarlo. O mejor, tirarlo al mar, que se lo coman los peces.

—Dejadlo ahí, que investiguen todo lo que quieran. Nos conviene que todo el mundo sepa que el Barón está muerto, que la noticia llegue a todas partes, que el último vecino de Mojácar y de toda España lo sepa. Recordad lo que hemos pactado —amenaza el Pescador—: si alguien habla de lo que ha pasado esta noche va a acabar igual que él.

Sus compañeros saben que Lucas no miente, no tendría el menor inconveniente en matar a cualquiera de ellos si se fuera de la lengua. No tiene ningún amigo al que aprecie más que a sí mismo. Pero sí tiene un sueño que podrá cumplir gracias a esta muerte, marcharse de allí para siempre, a América. Es un sueño compartido por los tres.